

## Delicatessen

Marisa observa la costura de las medias comprimiendo la carne de sus enormes muslos y, por primera vez en la vida, su propia imagen no le resulta grotesca: se siente tremendamente sexy, y está cada vez más convencida de que la cita con ese desconocido va a ser todo un éxito. La aterciopelada voz de Peggy Lee llega a sus oídos desde las entrañas de los altavoces de su equipo de música, y advierte en ella una confirmación de su favorable augurio: *Oh, this is the night... It's a beautiful night, and we call it bella notte...* Tarareando y dando a luz a una nueva versión del clásico, Marisa completa su vestuario con un vaporoso vestido rojo que resalta sobre su piel blanca, desde hace largos años protegida de las inclemencias del sol. Y es que Marisa, aunque de pequeña disfrutaba nadando en el mar y haciendo castillos de arena bajo el sol, cuenta muchos años desde la última vez que puso un pie en la playa; encontrar un bikini de su talla no es tarea fácil... Y, cuando al fin lo consigue, luego no se atreve a mostrarse públicamente en él; nuestro mundo es un mundo cruel. Sí, Marisa bien lo sabe: durante toda su vida y hasta hace muy poco, esta realidad la había golpeado con una fiereza supina, abriendo heridas invisibles de las que aún supuran la pena y la rabia. Pero esta vez, -se dice a sí misma-, será diferente. Sí, con Ernesto será forzosamente diferente; Marisa, para su goce y alegría, parece cumplir a la perfección con el prototipo de chica que él busca. Y no, no se trata de uno de esos hipócritas que dicen fijarse solo en el interior de las personas, como si el tener sobrepeso ya le eximiese a uno de ser atractivo y lo obligase, para compensar, a ser buena persona. No, Ernesto no es así; a Ernesto le gustan las mujeres *plus size*, y así lo indicó en el perfil de la app que los puso en contacto: "Varón, 34 años. Asesor gastronómico. Busco mujer *plus size* para una cena *delicatessen* y lo que surja". Marisa repasa su pintalabios y observa las redondeces de su rostro, que hoy, al sonreír, le parece mucho más hermoso. Finalmente Marisa se

perfuma y sale de su apartamento, sintiendo como las hebillas de los atrevidos zapatos de tacón se le clavan en la piel de unos pies que, para su sorpresa, avanzan por la calle pisando más fuerte y seguros que nunca. Sí, a Marisa la suelen mirar por la calle, pero hoy siente que los ojos que se clavan en su espalda ven a una persona diferente, alguien que se ha permitido ser quien es en absoluta plenitud. El paseo hasta la dirección que le ha facilitado Ernesto se le hace corto, y en menos de un santiamén se planta en la puerta de su lujoso domicilio. Está tan nerviosa y emocionada que ni siquiera siente la fina capa de sudor que empapa casi por completo el trozo de tela del vestido que cubre su espalda. Ernesto abre la puerta. Se saludan cordialmente y entran al interior de la casa, cuya lujosa y pulcra decoración hace las delicias de su invitada. Marisa acepta sonrojada los cumplidos que él le dedica, y después de intercambiar unas palabras torpes y tímidas, él le sirve una generosa copa de vino. Marisa se fija en cómo se tensa su cuerpo trabajado bajo la ajustada camisa al descorchar la botella y se siente arder en un deseo urgente de liberarle cuanto antes de la misma. Él se sienta a su lado, con un posado elegante y seguro, y clava sus ojos negros en los de ella, penetrándola con la mirada. Charlan durante un rato, se ríen. Ella se fija en sus ojos, con las pupilas dilatadísimas, indicando indudablemente que le agrada lo que ve. Ernesto tiene unos ojos hermosos en una mirada seria; Marisa piensa que hay algo tajante y frío en ellos, y se le antoja que su cita tiene la mirada de un lobo, comparación que, en el contexto en que se encuentran, incrementa aún más sus deseos de caer presa en sus fauces. En un momento se quedan callados, mirándose. Ernesto da el primer paso y la besa, tal vez con una brusquedad mayor de lo que Marisa desearía, pero la atracción es tal que en cuestión de segundos sus cuerpos se han convertido en uno. Él la posee intensamente, y ella se abandona al placer, disfrutando el momento y sintiéndose rematadamente dichosa por ser quién es. Cuando acaban, se visten y, estando plenamente relajados, se disponen a cenar. Cenan

en la cocina, una cocina enorme, más grande que todo el apartamento de Marisa, con las neveras más descomunales que ha visto en su vida. Ernesto ha preparado un menú de lujo, elaborado por él mismo, demostrando que la información del anuncio de la app era veraz. Marisa, ante semejante banquete, da rienda suelta a su glotonería -durante tantos años castigada- y disfruta de la cena como si fuese la última: no tiene reparo alguno en comerse la última tostadita de ese fuá espectacular, y se permite repetir segundo plato; su instinto de supervivencia le indica que tal vez nunca más vuelva a probar un bistec tan jugoso y delicioso. El chef la acompaña en la cena y sonrío ante los innumerables cumplidos de su agradecida comensal; no cabe duda, Marisa está extasiada, nunca antes había probado un manjar que se le pareciese. Tras el postre, Marisa pide ir al baño. Él le indica el camino, y ella avanza por el suntuoso pasillo hasta que da con la puerta indicada. Se mira en el espejo y trata de adecentar su cabello -¿en serio se ha permitido cenar de esta guisa?- y elimina totalmente los restos de pintalabios de su boca. Cuando está a punto de salir del baño, observa en el espejo el reflejo de algo que capta su atención: hay algo extraño sobre el grifo de la ducha. Dejándose vencer por la curiosidad, se acerca al objeto y lo manipula para ver lo que es: un camisón lencero, talla XXL, en un elegante color burdeos. Marisa suspira y, como una letanía, se repite aquella vieja certeza: el mundo es cruel. O no. Una cena es una cena, ¿no? Ha estado muy bien: la ha tratado como a una reina, y ella se va a ir a casa más feliz que unas pascuas, se dice a sí misma. Abre la puerta del baño, y cuando se dispone a avanzar de nuevo hacia la cocina, un fuerte dolor en el cuello la deja aturdida y cae al suelo, desplomándose su enorme cuerpo en un golpe sordo contra una exquisita moqueta persa. La oscuridad del pasillo se vuelve completa.

Ernesto trabaja con diligencia y concentración, poniendo toda el alma en los detalles. Goza enormemente en la ejecución de su oficio; vive literalmente por y para ese

momento. Encuentra un placer inusitado en el breve y poderoso crujir de los huesos al separar los miembros del cuerpo, y se deleita hasta la emoción al seccionar, separar y envasar las diferentes carnes para su posterior consumo. La voz de Lee, en su hermosísima *Bella Notte*, acaricia sus oídos: *It's a beautiful night, and we call it Bella Notte...* Ha sido una noche bella, ciertamente, piensa para sí. Pero no mejor que la siguiente. Gracias a Marisa, su próxima comensal, si cabe, aún disfrutará más que ella misma.

**Andrea Coca Gómez**